

Interpretare la famiglia oggi

Vincenzo Paglia

Hacia una Iglesia “familiar” y una familia “eclesial”

El Papa Francisco con Amoris Laetitia considera a la familia en un horizonte estratégico: la familia no es solamente la historia de los individuos y de sus deseos de amor (incluso si estos existen), sino la misma historia del mundo. Es decir que la familia es la madre de todas las relaciones. Es así como aparece ya en los dos primeros capítulos del Génesis a los que hace referencia la Exhortación: en ellos la historia humana y la familia están estrechamente vinculadas. Familia y sociedad son inseparables. Cuando las cosas no van bien en la familia tampoco van bien en la sociedad. Esta nueva mirada pide a la Iglesia un cambio de ritmo y de estilo, una nueva “forma ecclesiae”: una Iglesia entendida como “familia de Dios”. Una reorganización de la pastoral familiar no es suficiente. Toda la pastoral ha de ser “familiar” o, aún más concretamente, “toda la Iglesia ha de ser familiar”. De igual modo, es necesario que la familia sea concebida en su estrecha relación con la comunidad cristiana. En resumen, es necesario que la comunidad cristiana y la familia sean concebidas juntas como un único sujeto. No pueden ser concebidas - y, por supuesto, ni siquiera existir - como sujetos separados: son distintos pero no están separados. La familia necesita a la Iglesia para no estar a la merced de las olas del individualismo y la Iglesia necesita a la familia para no perderse en el funcionalismo que mata el amor. No cabe duda de que hay que encontrar una alianza entre la Iglesia y la familia. Es el antiguo sentido de la "iglesia doméstica": es decir, una comunidad cristiana que vivía de manera familiar reuniéndose en una casa que acogía a las diversas familias cristianas. Se trata de un enfoque increíblemente actual.

El Papa en sus catequesis sobre la familia afirmaba: “Es una alianza crucial. «Contra los “centros de poder” ideológicos, financieros y políticos, pongamos nuestras esperanzas en estos centros del amor evangelizadores, ricos de calor humano, basados en la solidaridad y la participación»”, dijo hace unos años en una declaración para América Latina. De hecho, una sociedad de individuos autorreferenciales, aislados entre sí, está destinada a la esterilidad y al conflicto. Pero una Iglesia formada por funcionarios de lo sagrado y de usuarios pasivos pierde el contacto con la historia de los hombres y de las mujeres. Se necesita urgentemente reforzar el vínculo entre familia y comunidad.

“Se necesita una fe generosa para volver a encontrar la inteligencia y la valentía para renovar esta alianza. Las familias a veces dan un paso hacia atrás, diciendo que no están a la altura: «Padre, somos una pobre familia e incluso un poco desquiciada», «No somos capaces de hacerlo», «Ya tenemos tantos problemas en casa», «No tenemos las fuerzas». Esto es verdad. Pero nadie es digno, nadie está a la altura, nadie tiene las fuerzas. Sin la gracia de Dios, no podremos hacer nada. Y el Señor nunca llega a una nueva familia sin hacer algún milagro. Recordemos lo que hizo en las bodas de Caná. Transformó el agua sucia de las tinajas en vino. Sí, el Señor, si nos ponemos en sus manos, nos hace hacer milagros”.

Por lo tanto, una Iglesia familiar vuelve a descubrir su misión en la sociedad. Una nueva alianza entre la familia y la Iglesia muestra la belleza del “nosotros” a una sociedad sumergida en la tristeza de su egocentrismo miope, y se convierte en fermento de familiaridad entre todos. Es una tarea importante y especialmente urgente en nuestros días. Al mismo tiempo que somos testigos del cierre de grupos, barrios, ciudades, regiones e incluso naciones, una Iglesia familiar muestra la belleza de estar juntos aunque seamos diferentes. Esta misión cada día se hace más urgente. El Señor no salva a las personas

individualmente, sino que las reúne en un pueblo. De aquí deriva la responsabilidad de que la Iglesia sea cada vez más un pueblo familiar.

Una mas profunda relation entre el matrimonio y la familia

El Papa, en el tercer capítulo de la Exhortación apostólica, se pregunta si hasta ahora no nos habremos equivocado al presentar “un ideal teológico del matrimonio demasiado abstracto, casi artificiosamente construido, lejano de la situación concreta y de las posibilidades efectivas de las familias reales”(36). Y manifiesta todas sus dudas en la eficacia de una pastoral que “sólo insiste en cuestiones doctrinales, bioéticas y morales, sin motivar la apertura a la gracia”(37). Resulta obvio – esta es mi reflexión personal- que queda abierta una pregunta crucial: ¿por qué hoy en día los jóvenes prefieren la convivencia al matrimonio? ¿Por qué no les parece atractiva la perspectiva matrimonial y familiar? por qué hoy en día los jóvenes eligen la convivencia antes que el matrimonio? Ante esta indiferencia, ¿no deberíamos preguntarnos si el "Evangelio de la familia", tal como lo presentamos, es poco atractivo? ¿no deberíamos replantear el lenguaje y el contenido de este anuncio para hacer que el Evangelio de la familia resulte más “atractivo”? Resulta particularmente apropiada una lectura más atenta del Génesis para comprender la vocación y la misión que el Señor ha confiado a la alianza del hombre y de la mujer en todos los tiempos.

El Señor confía a esta alianza dos grandes tareas: el cuidado de la creación y la responsabilidad de las generaciones. Es una elevada visión que hemos de tener el valor de redescubrir y volver a proponer para ir más allá del individualismo narcisista que empuja incansablemente a encerrarse en el propio yo, en su propio particular, en sus proyectos individuales. Realmente, el “yo” parece haberse convertido en el único dueño de la creación y de la historia. Hoy en día hay quien hablade "egolatría", un nuevo culto, el del “yo” en cuyo altar

se sacrifican incluso los afectos más queridos. Uno no se casa para sí mismo, no se crea una familia para sí mismo. Es indispensable reencontrar el “nosotros” presente en el comienzo de la creación, cuando “Dios creó al hombre a su imagen... varón y mujer los creó”(Gn 1,27). La alianza del hombre y la mujer es el hilo de oro que atraviesa el "nosotros" que se realiza en todas las dimensiones sociales de la vida humana, de la familia, de la sociedad, de la familia de los pueblos.

La relación entre el matrimonio y la familia debe ser abordada con mayor claridad en este contexto. Es fácil ver un cierto descuido por parte de la teología tradicional del matrimonio hacia la dimensión familiar, que se ha inscrito tácitamente entre las consecuencias prácticas de la unión conyugal, que define la condición común de una forma social básica. Sin embargo, hay que desarrollar más el vínculo entre el sacramento del matrimonio y la familia, hasta que se pueda afirmar claramente que el hombre y la mujer no se unen en matrimonio para sí mismos, sino para la construcción de una familia entendida como lugar de generación humana, de educación filial, de vínculo social y de fraternidad eclesial. En resumen, el matrimonio es para la familia, y no viceversa. La vocación social y comunitaria del matrimonio, que en la familia encuentra su símbolo fundamental y su núcleo propulsor, es asumida en la fe cristiana y en la propia forma eclesial, como principio creador del proyecto comunitario de Dios respecto a la criatura humana.

Los lazos familiares -en el seguimiento del Señor- se fortalecen y se transforman: es decir, se hacen más firmes, más creativos y más universales porque no tienen fronteras. La fuerza del Evangelio impulsa a salir de casa y a crear una paternidad y maternidad más amplias, para acoger a los otros discípulos de Jesús como hermanos y hermanas. A los que le decían que afuera estaban su madre y sus hermanos esperándole, Jesús respondió: “¡He aquí mi madre y mis hermanos! Todo aquel que cumple la voluntad de Dios ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”(Mc 3,35). La comunidad eclesial es la

“familia Dei”. Las familias que viven el seguimiento de Jesús no están aisladas y encerradas en sí mismas. Sacan la energía del amor del altar: escuchando juntos las Escrituras y nutriéndose del único Pan y del único Cáliz. Por esta razón, hay una necesidad urgente de un vínculo más claro entre la familia y la comunidad a partir del altar. Desde el único altar del Domingo caminamos hacia los altares de las casas, calles y plazas para comunicar a todos el Evangelio del Reino. Una Iglesia según el Evangelio sólo puede parecerse a una casa acogedora, hospitalaria, amplia y sin límites. Y esto sucederá si se hace según una “forma doméstica”.

El amor fecundo y las generaciones en el matrimonio y en la familia

Las reflexiones del Papa Francisco en los Capítulos IV y V de la Exhortación Apostólica adquieren todo su valor en este horizonte. En ellos se declina aquello que sustenta el matrimonio y la familia, es decir el vínculo de amor entre un hombre y una mujer y la fecundidad generadora que resulta de este. Y aquí aparece una singular novedad. El Papa no se limita, como sucede en una catequesis más difundida, a comentar la enseñanza fundamental del Cantar de los Cantares, que es sin duda una joya de la revelación bíblica sobre el amor del hombre y de la mujer. De una manera original, el Papa Francisco comenta detalladamente - palabra por palabra –la fina fenomenología del amor inspirado por Dios en el bello himno paulino de 1^a Corintios 13. El Papa habla del amor de una manera que va mucho más allá de lo místico y romántico. Es muy significativo que la palabra más citada en el texto sea justamente “amor” (365), le sigue “familia” (279), “matrimonio” (185) e “iglesia” (149), una secuencia que va más allá de la terminología. Es evidente que el amor del que se habla en el texto está lleno de concreción y dialéctica, de belleza y de sacrificio, de vulnerabilidad y de tenacidad (*el amor soporta todo, el amor nunca se da por vencido ...*). ¡El amor de Dios es así!

Estamos lejos de aquel individualismo que encierra al amor en la obsesión posesiva "de dos", y pone en peligro la "alegría" de los vínculos conyugales y familiares. El léxico familiar del amor, siguiendo la interpretación del Papa, no carece de pasión, es rico de generación. Por esta razón incluye serenamente la libertad de pensar y de apreciar la intimidad sexual de los cónyuges como un gran don de Dios para el hombre y la mujer. Podríamos decir que - también en esto - el texto papal conduce a suplentir las sugerencias que se encuentran en la *Gaudium et Spes* que él cita explícitamente: "El matrimonio es en primer lugar una «íntima comunidad de vida y de amor conyugal», que constituye un bien para los mismos esposos, y la sexualidad «está ordenada al amor conyugal del hombre y de la mujer»"(n.80). El léxico familiar del amor, como lo presenta el Papa, está lleno de pasión, es robusto en la generación.

El Papa, seguidamente, reitera la otra dimensión del amor conyugal: la fecundidad y la generatividad. El texto habla de manera psicológicamente profunda y espiritual sobre los temas de acoger una nueva vida, de la espera en el embarazo, del amor de la madre y del padre, de la presencia de los abuelos. Además se habla de la fecundidad ampliada, de la adopción, de la acogida y de la contribución de las familias para promover una "cultura del encuentro", de la vida en la familia en un sentido amplio, con la presencia de los tíos, primos, parientes de los parientes, amigos. El Papa subraya la inevitable dimensión social del sacramento del matrimonio (n.186), en la que se declina tanto el papel específico de la relación entre jóvenes y ancianos, como la relación entre hermanos y hermanas, ambas relaciones proporcionan un aprendizaje que hace crecer en las relaciones con los demás. De esta manera, *Amoris Laetitia* propone una relectura de la relación entre el amor y la generación que va más allá de cualquier separación o yuxtaposición de estos dos, fundamentales y constitutivos, significados del matrimonio: la relación en la pareja es inherentemente generadora y fecunda. Y la generación de un tercero, el hijo, es el fruto trascendente del amor de los dos.

En este contexto me gustaría subrayar dos puntos. En primer lugar, el tema de los hijos. El texto reafirma claramente que el hijo no es un objeto de deseo, sino un proyecto de entrega de vida. De ahí se llega al tema de la relación entre las generaciones. Esta relación está amenazada por la fragmentación y la licuefacción del eros. El vínculo entre las generaciones es el patrimonio que hay que hacer fructificar. Esta es la gran tarea encomendada a la familia: tiene que cuidar la tradición de la vida sin aprisionarla, proporcionar un valor añadido al futuro sin mortificarlo. Este dinamismo sería imposible si la familia perdiese su función social de estabilidad y de propulsión de los afectos. En resumen, uno no se casa para sí mismo. La familia es el motor de la historia, el amor que trabaja por la vida: ciertamente no es el paraíso para aquellos que desean escapar de los desafíos de la vida y de la historia. En este paso y alianza entre las generaciones se construye toda la riqueza, saber, cultura, tradiciones, dones y reciprocidad de los pueblos. La pasión por la educación inscrita en las generaciones y la alianza entre una generación y la otra es un termómetro infalible del progreso social.

Ahora pasamos al tema de la educación. El Papa advierte que en lo que se refiere a los hijos "la obsesión no es educativa, y no se puede tener un control de todas las situaciones por las que podría llegar a pasar un hijo. Si un padre está obsesionado por saber dónde está su hijo y por controlar todos sus movimientos, sólo buscará dominar su espacio. De ese modo no lo educará, no lo fortalecerá, no lo preparará para enfrentar los desafíos. Lo que interesa sobre todo es generar en el hijo, con mucho amor, procesos de maduración de su libertad, de capacitación, de crecimiento integral, de cultivo de la auténtica autonomía"(261). Cabe destacar la atención que el texto dedica a la educación sexual, un tema relativamente nuevo en la pastoral de la Iglesia. La exhortación afirma la necesidad de ella sobre todo hoy en día, en "una época en que la sexualidad tiende a banalizarse y a empobrecerse. Ésta sólo podría entenderse en el marco de una educación para el amor, para la donación mutua" (n.280).

La familia y la comunidad cristiana deben encontrar una nueva alianza, no para encerrarse en su círculo, sino para fermentar toda la sociedad de una manera “familiar”. En el escenario de un mundo marcado por la tecnocracia económica y la subordinación de la ética a la lógica del lucro, es esencial volver a proponer el “Evangelio de la familia” como fuerza del humanismo. La familia - una profecía de amor en un mundo de solitarios - decide sobre la habitabilidad de la tierra, la transmisión de la vida, los lazos en la sociedad. El Concilio Vaticano II enuncia claramente la vocación de la Iglesia, de las comunidades cristianas, de las familias: ser signo e instrumento de la unidad de todo el género humano. Este es el amor que debe habitar en la familia y en la Iglesia.